

CUADRO SEGUNDO

El jardín de Pierrot, en otoño. No hay en él más flores que unas rosas pálidas y algunos crisantemos melancólicos. Por fondo, el incendio de la puesta del sol. En lo alto del cielo corren, enmarañándose, nubecillas blancas á impulso de un viento perezoso, que á intervalos despoja las copas de los árboles y hace revolotear sobre el jardín dorados remolinos de hojas secas.

COLOMBINA y POLICHINELA están sentados en el jardín. Ella más melancólica que en el cuadro primero.

POLICHINELA

Apenas si acierto á creerlos. ¿De modo que mi remedio no surtió efecto?...

COLOMBINA

Un efecto maravilloso.

POLICHINELA

No comprendo entonces.

COLOMBINA

Es que el remedio ha sido mucho peor que la enfermedad. Pierrot ha dejado de ser poeta, pero se ha hecho filósofo.

POLICHINELA

¡Filósofo!

COLOMBINA

Sí, por desgracia. Vuestro filtro era eficazísimo. No ha habido para Pierrot durante varios días ni

cielo sin nubes, ni rosa sin espinas, ni gusto sin hastío. Hasta el perfume de las flores ha llegado á darle jaqueca; de tal modo, que casi he llegado á compadecerme de él.

POLICHINELA

¿Y le habéis demostrado vuestra compasión cariñosamente?

COLOMBINA

Lo más cariñosamente posible; pero, ¡ay de mí! cuando mi esposo, escarmentado por las perfidias de la Naturaleza, se ha dado á aborrecerla y despreciarla, ha caído en la cuenta precisamente de que mi belleza es cosa natural... y podéis sacar la consecuencia. Mis labios se parecen á las rosas, mis ojos al mar y al cielo, mis cabellos al sol; y he aquí que Pierrot ha echado sobre mi persona la carga de todas las espinas, tormentas, nubes, manchas y vendavales que afligen al universo y afean su belleza. Estoy peor que estaba, señor hechicero... Pausa. ¿No podréis hallar nuevo remedio para este nuevo mal?

POLICHINELA

Difícil es, señora Colombina. Por lo visto el espíritu de vuestro esposo es refractario al amor. Si pudierais olvidar, resignaros...

COLOMBINA

¿Eso es todo lo que os dicta la sabiduría?... Sa-
M. SIERRA. II.

bed que yo no necesitaría para consolarme sino querer; pero busco remedio y no consuelo.

POLICHINELA

No os enfadéis, señora. Peliagudo es el caso; pero voy á estudiarlo en mi laboratorio, y os juro que no saldré vivo de él hasta dar con la infalible medicina. Sale.

COLOMBINA

La sabiduría os oiga.

PIERRETTE

Entrando. ¡La sabiduría! ¿Queréis decirme qué va á entender de amores ese embaucador? ¡A sus años!

COLOMBINA

Garantía de saber es la ancianidad.

PIERRETTE

Acaso; pero en achaques de voluntad, más que el saber vale la práctica. La ciencia de amar es como llave que abre corazones: cuando no se usa, se enmohece. ¡Y figuraos si hará tiempo que Polichinela tendrá echada la llave del arca!

COLOMBINA

¿Por qué te empeñas en quitarme ilusiones?

PIERRETTE

Porque más que cien ilusiones vale una sola realidad. El señor Arlequín...

COLOMBINA

Vuelta con Arlequín.

PIERRETTE

Es una realidad muy aceptable, creedlo, señora; le he visto de cerca, y respondo. Además, ¿no estáis convencida de que las drogas del hechicero son inútiles para ganáros el corazón de Pierrot?

COLOMBINA

¡Ay, sí!

PIERRETTE

¿De que por el camino de la ciencia no encontraréis nunca el remedio?

COLOMBINA

Lo temo.

PIERRETTE

Entonces confiad en mí, dejadme poner en práctica un proyecto.

COLOMBINA

¿Qué es ello? ¿Qué has pensado?

PIERRETTE

¡Ya lo veréis! Sin más ciencia que la experiencia de esta pícara vida, espero salvaros. Por de pronto, recibid al señor Arlequín.

COLOMBINA

¡Pierrette!

PIERRETTE

Aunque no sea más que para desengañarle. Una palabra desabrida de vuestros labios le causará más efecto que cien discursos de los míos, que, á decir verdad, no están hechos para desabrimientos... Por lo demás, aquí le tenéis.

ARLEQUÍN

Entra y se arroja á los pies de Colombina. ¡Reina de mi alma; sol de mi espíritu; imán y norte de mi voluntad!...

COLOMBINA

¿Qué es esto? Alzaos. Pierrette: ¿así cumplés mis órdenes?

PIERRETTE

Señora: perdonad. Es demasiada fatiga para mí eso de estar siempre entre la espada y la pared. ¿Sabéis á qué incendios se exponía mi corazón, en contienda perpetua con los ardores del señor Arlequín?

ARLEQUÍN

Señora: á mi vez os pido que perdonéis á Pierrette. No fué su descuido, sino mi audacia, la causa de este mal, si es que mal hubo.

COLOMBINA

¡Cómo!

ARLEQUÍN

¿Acaso peca el corazón sumido en tinieblas al desear la luz?

COLOMBINA

Una cosa es desear, y otra...

ARLEQUÍN

Colombina: en las voluntades enamoradas el deseo es acción. Los anhelos de amor son eficaces como la palabra de Dios.

COLOMBINA

Blasfemáis, señor Arlequín, porque vuestro amor es crimen.

ARLEQUÍN

¿Qué importa, si es amor? No os alejéis, señora. Oídme siquiera; dadme el consuelo de escuchar mis quejas; dejadme decirlos...

COLOMBINA

¿Y os marcharéis después?

ARLEQUÍN

Si vos lo ordenáis...

COLOMBINA

¿Y me prometéis no volver?

ARLEQUÍN

Si no logro convenceros...

COLOMBINA

Hablad, entonces.

ARLEQUÍN

Gracias. Le besa la mano.

COLOMBINA

Hablad he dicho.

ARLEQUÍN

Señora: fué un grito del corazón.

COLOMBINA

Tenéis un corazón muy mal educado.

PIERRETTE

Aparte á Colombina. Seguid la broma.

ARLEQUÍN

Perdón, señora, para él y para mí. Tantas horas hemos pasado deseando la gloria de veros, que no es de extrañar que al mirarnos tan cerca de vos, él y yo, olvidados de toda nuestra mala ventura, nos sintamos niños y hagamos locuras.

COLOMBINA

Que mi razón no puede disculpar, señor Arlequín.

ARLEQUÍN

Pero que debe perdonar vuestra misericordia.

COLOMBINA

¿Os atrevéis vos á hablarme de deberes?

ARLEQUÍN

Sí; porque los tenéis muy grandes conmigo.

COLOMBINA

¿Yo... deberes... con vos?...

ARLEQUÍN

Sí, Colombina... vos... conmigo, puesto que soy desdichado por vuestra culpa.

COLOMBINA

¡Por mi culpa, no!

ARLEQUÍN

Por vuestra causa al menos.

COLOMBINA

¡Eso ya es distinto!

ARLEQUÍN

Peró mi desdicha es igual, porque os amo, Colombina; os amo, os amo tanto, que amándoos todo lo que puedo, me tengo rencor á mí mismo porque, miserable, no os puedo amar más. ¡Os amo, os amo, os amo!...

Cada vez que dice «os amo» le besa las manos apasionadamente.

COLOMBINA

Defendiéndose un poco, pero muy complacida en el fondo. Hablad más bajo, señor Arlequín, que tal vez el jardín tendrá ecos...

Se alejan por el fondo, paseando y hablando vivamente.

PIERRETTE

Nunca creí que el dolor de mi señora fuera tan difícil de consolar. ¡Ah!

Entra PIERROT. Trae un libro en las manos; lee y medita.

PIERROT

¡Y pensar que en las gotas de rocío—lágrimas radiantes del amanecer—existe un mundo de monstruos, un universo de crueldad!... ¡Saber que la lozanía es máscara de la podredumbre; la belleza que amamos inmortal, antifaz de la muerte!...

Pasea absorto en sus meditaciones.

PIERRETTE

Acarciándose, compasiva. Señor Pierrot...

PIERROT

¿Quién? ¡Ah, tú! Fuera de sí. ¿Por qué sonrías; por qué estás alegre?

PIERRETTE

Señor: la vida es hermosa.

PIERROT

¿Tú sabes lo que llevas dentro? El esqueleto, la destrucción, la nada... Pausa. ¿Dónde está tu señora?

PIERRETTE

Llorando estaba hace un instante vuestras filosofías. Ahora procura consolarse... quiero decir que tiene visita... el señor Arlequín.

PIERROT

¡Arlequín!

PIERRETTE

Buenísima persona. Joven, arrogante, enamorado...

PIERROT

¿Qué dices!

PIERRETTE

Y poeta alegre. No pudo la señora elegir más amable compañía.

PIERROT

¿Por qué dices eso?

PIERRETTE

Porque es verdad.

PIERROT

¿Por qué me miras así?

PIERRETTE

Observaba con tristeza las huellas que la filosofía marca en vuestra frente.

PIERROT

Di á Colombina que la espero.

PIERRETTE

¿Será prudente interrumpir á mi señora?

PIERROT

¿Tanto le interesa la visita?

PIERRETTE

Vedlos vos. ¡Allí están! Pierrot se acerca á mirar entre el ramaje. ¿Veis algo?

PIERROT

El tal Arlequín es soberanamente antipático.

PIERRETTE

No lo creáis: tiene una conversación tan discreta... Se oye reír á Colombina. Mi señora se ríe. ¡Pobrecilla! tiempo hace que no se la oía reír. ¡Ah! el señor Arlequín tiene felices ocurrencias, ¿verdad? Pero ¿qué os pasa? Pierrot echa á correr como un loco. ¿Dónde vais? ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo corre! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué animal tan ridículo es un hombre celoso!... Ya llega... Está furioso... Mi señora suplica... El señor Arlequín se aleja todo cariacontecido... Tengamos compasión de su desdicha...

Oyese en el jardín ruido de voces; poco después, ARLEQUÍN sale de entre el bosque. Viene con gesto malhumorado, y atraviesa la escena precipitadamente.

PIERRETTE

Deteniéndole. ¿Qué os sucede, señor Arlequín? ¿Mi señora no se dejó convencer?

ARLEQUÍN

Tu señora es un modelo de fidelidad conyugal.

PIERRETTE

¿Y quién os mandó merodear en huertos cerrados, en corazones con dueño? ¿Tentáis más que tomar posesión de terrenos sin cerca, de campos vírgenes?

ARLEQUÍN

¿Conocéis alguno?

PIERRETTE

Me ofendéis, señor Arlequín.

ARLEQUÍN

Quiero decir alguno dispuesto á recibirme por cultivador.

PIERRETTE

Yo, señor Arlequín... ¿qué queréis que os diga?... Soy una doncella inexperta. Pero alguna habrá, digo yo... puede que no muy lejos... Ya sabéis el refrán: "Donde menos se piensa..." ¡No me miréis así!...

Pausa. Los ojos de Pierrette, amparados en el silencio de sus labios, pronuncian elocuentísimos discursos.

ARLEQUÍN

Decidiéndose repentinamente. ¿Queréis amarme, Pierrette?

PIERRETTE

¡Ja, ja, ja! No me gusta vencer con armas de des-
pecho.

ARLEQUÍN

¡No seais cruel!

PIERRETTE

Mi señora es mucho más hermosa que yo.

ARLEQUÍN

¡Ilusión! La belleza femenina es un todo, un
cuerpo perfecto, en que cada mujer hermosa es
miembro distinto: tu señora es hermosa, tú eres
hermosa como ella; miembros distintos de la mis-
ma belleza.

PIERRETTE

¿Y hacia dónde vengo yo á caer en ese cuerpo
universal que decís?

ARLEQUÍN

Por lo que el mío dice, debéis estar muy cerca
del corazón.

Se abrazan.

PIERROT y COLOMBINA, adelantan por el jardín. Vienen casi unidos
en un abrazo, mirándose á los ojos, llenos de dicha.

COLOMBINA

¿Me dices la verdad, Pierrot?

PIERROT

Te lo juro: la idea de perderte me descubrió que
tu amor es vida de mi alma. Son tus palabras el
más hermoso de los poemas, y tus caricias la más
sólida de las filosofías.

POLICHINELA

Entra precipitadamente con una redoma en la mano. ¡Señora,
aquí tenéis el filtro, el hechizo de amor, el reme-
dio infalible!...

Todos se ríen, y Pierrette lleva su descaro hasta burlarse del hechicero con muecas picarescas. Polichinela los contempla desconcertado. La redoma que trae en sus manos se rompe con estrépito y el elixir de amor se desparrama por el suelo.

PIERRETTE

¡A buena hora!

POLICHINELA

¡Qué veo!

PIERRETTE

Veis, señor hechicero, sencillamente, que para
aliviar males de corazón todas las sabidurías es-
tán de más y todos los filtros son agua chirle.

Porque el amor se cura con amor y el desamor con celos, y así es desde que el mundo es mundo, y así será hasta que el mundo deje de ser. Poco sirven conjuros y bebedizos: al cariño dormido por exceso de buena fortuna, no le despierta sino el temor de que otro... más apasionado se lleve los agraces de la parra, como dice la copla. Esto es todo: mi señor dormía porque mi señora le amaba demasiado, y ha despertado al miedo de que le pueda dejar de amar... ¿Comprendéis?

POLICHINELA

Hum... á medias. Pero... Señalando á Arlequín. ¿el señor no estaba también enamorado?

PIERRETTE

Enamoradísimo, ya lo veis.

Se abrazan Pierrette y Arlequín.

POLICHINELA

Protestando. Pero no de vos.

PIERRETTE

¡Ja, ja, ja! Eso creía él: pero los acontecimientos, ayudados por mí, se han encargado de demostrarle lo contrario.

POLICHINELA

¡Hum!

ARLEQUÍN

Aunque joven y coplero, señor Polichinela, tengo también mi filosofía. Y en su primer capítulo se afirma este axioma: "El que no se consuela de los besos que le niegan con los que le dan, es tonto de remate."

El hechicero huye escandalizadísimo, llevándose las manos á la cabeza. Suena una música suave. Las dos enamoradas parejas empiezan á bailar. (Cae el telón.)



